

# El barrio itinerante. La estética como creación del espacio público

*The mobile neighbourhood:  
Aesthetics as creation of public space*

**María Andrea Gómez-Gómez**

Universidad de Manizales, Manizales, Colombia.

mariandreago@hotmail.com

**Fecha de recepción:** 1.º de noviembre de 2013 · **Fecha de aprobación:** 20 de enero de 2014



Este artículo está publicado en acceso abierto bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Colombia.

### Resumen

El trabajo investigativo del que aquí se quiere dar cuenta, obedece a un interés político, personal y profesional por intentar vislumbrar las maneras en que los sujetos sociales se relacionan, intercambian y conviven colectivamente en la ciudad hasta lograr su propia configuración comunitaria. La inquietud principal de la investigación parte de un fenómeno social de sobrevivencia barrial que visibiliza otras formas, alternativas, de construir lo urbano, frente a los efectos ocasionados por la violenta intervención del “Macroproyecto de renovación urbana” aplicado a la Comuna San José de Manizales, Colombia. El presente artículo recoge la experiencia de una de las etapas del trabajo de campo de este estudio, en la que un grupo de niños y niñas, habitantes de la comuna y participantes del proceso, recrean su barrio a través de rutas y tránsitos comunes transformados por ellos en espacios de vida colectiva. La *cartografía móvil* como metodología permite vislumbrar los primeros trazos de sus formas de habitar y hacer espacio comunitario en el andar. En este horizonte reflexivo y humano de formación, creatividad y diálogo, se ha configurado un aprendizaje grupal itinerante, que encuentra en la calle la mejor manera de hacerse público, estético y social. Así, aborda la sociabilidad como un problema que requiere la construcción de herramientas comunicativas, comunitarias y culturales amplias que sirvan de pauta y desafío frente a la emergencia y posibilidad humanas de hacerse comunidad.

*Palabras clave:* espacio público habitado, comunidad viva, barrio itinerante, tránsitos comunes.

### Abstract

With personal, political and professional interest, this research explores the ways in which social subjects collectively relate, exchange and coexist in the city in order to establish a communitarian way of life. The main problematic of the research is aimed at the social phenomenon of survival in the neighborhood (*barrio*) and the way in which it renders visible three alternative ways of constructing urban life. The problematic is informed by the violent intervention of the “Macroproject of urban renovation” in the municipality of San José in Manizales, Colombia. This article will focus on the experiences of one of the stages of the case study conducted on this intervention, where a group of children, habitants of the municipality and participants of the process, recreate their neighborhood by transforming common routes and transits into spaces of collective life. The *Mobile Cartography* as a methodology can both outline the features of their forms of life and create communitarian space therein. In this human and reflective horizon of education, creativity and dialogue, there has grown forth a mobile procedure of group learning that unfolds, in a public, aesthetic and social way, in the streets. The objective of this article is thus to study the sociability of the species as a problem that requires the construction of ample communicative, communitarian and cultural tools, as well as the ways in which these tools serve as guidelines and challenges in relation to the emergence and the human possibility of creating community.

*Keywords:* public space inhabited, living community, traveling neighborhood, common transit.

## Antecedentes a manera de presentación

### Arte, estética, ciencia, política, ciudad

El presente texto hace parte de la investigación “Barrio en movimiento: estéticas y prácticas urbanas en la comuna San José, Manizales (Colombia)”, del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales, trabajo investigativo de carácter estético-social y urbano, enfocado en los ámbitos del arte y la cultura bajo una propuesta lúdica, contextual y comunicativa de aprendizaje y creación colectiva, centrado en la pregunta por la relación entre el sujeto, su hábitat, el espacio público, el arte, la estética y la ciudad.

La discusión parte de esclarecer el sentido político de “comunidad”, en el que reposan los saberes sociales y donde tanto el arte como la estética encuentran su asidero político. Este conocimiento descubre en el origen del humanismo todo su vigor para la actualidad y la autonomía necesarias al proceder frente al estatuto de una ciencia cada vez menos predecible y calculable; un saber práctico y distinto que rebasa la autoconciencia científica y se abre al campo del *sentido común*.

Gadamer (2003) expone cómo el mismo concepto de humanidad surge a la par con el de *formación*, en la medida en que todo *ser social* requiere trabajo para su configuración, es decir, cómo lo *común* del sentido no es algo inherente ni, mucho menos, es una disposición natural de integración, sino que por el contrario surge, aparece como un proceso de transformación de lo *inmediato-natural* a lo *espiritual-formado*; *sensus communis*: generalidad de la conciencia que, alejada de su particularidad, se abre a los otros en sus visiones, pensamientos y circunstancias para así organizar lo común bajo una *inteligencia colectiva* que se forma a sí misma a fin de ser humanidad, comunidad, etnia, pueblo, grupo, sociedad, barrio, ciudad, y darse así su existencia.

Es allí, en esta *manera de hacer* de las *ciencias del espíritu*, donde retomamos el sentido crítico y político que entraña toda comunidad que busca, creando, un provecho común, lo que tanto Vico como Salmasius en el siglo XVIII han denominado *buen vivir*: medida, consideración, tacto, sensibilidad, memoria, criterio, distancia, discernimiento, “arte”, aquello mediante lo cual

[e]levarse por encima de sí mismo hacia las circunstancias de los demás, más allá de un sentimiento de vinculatividad, es ver en este espíritu histórico la reconciliación con uno mismo, el reconocimiento de sí mis-

mo en el ser otro, reconocer en lo extraño lo propio y hacerlo familiar para retornar desde el otro. (Gadamer, 2003, p. 43)

Retorno desde el otro, haciendo lo común, comunicándose.

A partir de Groppo en sus *Tres versiones contemporáneas de la comunidad*, se instala la discusión que hace de la comunidad la idea central del pensamiento político moderno: “La pregunta moderna por la comunidad interroga por la identidad del nosotros, cuya tarea política por excelencia es su construcción” (2011, p. 2), ya que ninguna comunidad está dada de antemano, sino que es el resultado de las interacciones y las negociaciones entre sujetos diversos, que se gesta a partir del ser con otros.

Reivindicar lo comunitario como un tipo de relación social, como un valor y como un horizonte de futuro, modo de vida y proyecto político desde la estética y el arte contemporáneos, es retomar la actualidad de esta discusión, en la medida en que ambas se remiten a lo político y a lo social en su pregunta por el sentido de comunidad que las *obras*, las *piezas*, los *productos* y las *experiencias* contienen y pueden alcanzar; el tipo de espacios, de ambientes y atmósferas de vida en común que se está proponiendo. Rancière entabla esta relación, hoy más que nunca, a pesar de los discursos del final de las utopías políticas del arte, ya que las *formas cotidianas de la experiencia sensible*, el arte, la estética, siguen estando ligadas a las cuestiones de lo común, es decir, a la política:

La relación estética entre arte y política, donde una y otra realizan una función “comunitaria”: la de construir un espacio específico, una forma inédita de reparto del mundo común [...]. El arte consiste en construir espacios y relaciones para reconfigurar material y simbólicamente el territorio común [...] forma de ocupar un lugar en el que se redistribuyen las relaciones sensibles entre los cuerpos, las imágenes, los espacios y los tiempos. (Rancière, 2005, pp. 16-17)

Que sea *el sentido* y no la razón lo que determine unos modos de conocer y de hacer frente al mundo y sus relaciones, frente a las maneras de ver y materializar lo comunitario, pone el acento en las sensibilidades, es decir, no en la racionalidad instrumental científica, sino en las experiencias de afección y percepción compartida que se concretan en espacios y tiempos distintos de experiencia y socialidad: *política estética*, *valores étnicos*, formas que ordenan las sensaciones en un *nuevo reparto* y que son anticipadas, decididas y compuestas por los ritmos cotidianos de la vida comunitaria dispuestos en un nuevo ámbito de sensibilidad.

Estas formas de comunidad que han sido despolitizadas y sacadas de su sentido original por el afán del consenso discriminatorio y la especialización productiva se anticipan hoy más que nunca de una manera estética para devolver el sentido, es decir, para *repartir lo sensible* por fuera de las imposiciones que adecúan los cuerpos y las maneras de ser y hacer en funciones y ocupaciones determinadas por las lógicas de saber y producir de una sociedad exclusiva, excluyente, ilustrada y cultivada para su distinción.

La política del arte, la política de la estética, según Rancière, son todas ellas formas de *dividir lo sensible*, lo visible, su régimen, su distribución:

La política sobreviene cuando aquellos que “no tienen” tiempo se toman ese tiempo necesario para erigirse en habitantes de un espacio común y para demostrar que su boca emite perfectamente un lenguaje que habla de esas cosas comunes y no solo un grito que denota sufrimiento. (Rancière, 2005, p. 18)

Proceso de *creación de disensos* donde nace el sujeto político, subvirtiendo los prejuicios racionalistas del *saber* sobre los que se monta el ideal exclusivo de la demostración conceptual científica, para la cual el sentido común se reduce a su mera capacidad teórica de juicio o gusto estético: “Esta experiencia estética-política del arte es la que constituye el germen de una nueva humanidad, de una forma individual y colectiva de vida... la materialidad del arte se propone como materialidad anticipada de una configuración distinta de la comunidad” (Rancière, 2005, p. 28).

Promulgación de un hacer-sentir concreto sobre la materia-sentido-social, sobre la posibilidad humana de dibujar espacios de vida y relaciones diferentes entre los hombres y el mundo: arte, ciencia, cultura, su política, es decir, su *régimen de distribución*, su sentido de alianza, de distancia y de límite.

### Espacio edificado y cuerpo colectivo

La forma *sensible* de comunidad de los hombres en la ciudad: ¿ciudadanos, urbanistas, ciudadanos, transeúntes, errantes, caminantes, trashumantes, desplazados, marginados, sin techo, sin tierra, desterrados, “hombres de la calle”? ¿Cómo nombrar el hombre de la ciudad sin tener que recurrir a su movimiento, a sus pasos, a su trasladarse para poder sobrevivir? La locomoción ha hecho a la humanidad; tener dos pies y caminar erguidos, desde siempre, lo ha distinguido de las demás especies. Gourhan (1971) en su estudio paleontológico de la cultura estudia

el *gesto* y la *palabra* a partir de esta postura particular que caracteriza a la especie humana, hasta el punto de haber determinado en el tiempo las formas estéticas, los *estilos* que han hecho etnia, comunidad, humanidad de valores compartidos por las mismas disposiciones de sus más profundas necesidades corporales y espirituales: *estilo étnico*, *buen vivir*, formado, organizado por los grupos humanos en convivencia cotidiana.

El investigador introduce el territorio corporal motriz cuando al hablar de unos *códigos de las emociones estéticas*, basado en las propiedades biológicas comunes al conjunto de los seres vivos, pone de relieve la *sensibilidad* que organiza simbólica y colectivamente el entramado de las referencias y creaciones que diferencian a los grupos humanos de las demás especies, aquello que lo *hace mover*, transformarse, hacerse otro con otros desde el espíritu humano y su más sentida forma de ser y hacerse desde su cuerpo, en potencia de movimiento:

El gusto es una abstracción sin la actividad nutritiva, los pasos afectivos de simpatía o de agresividad no existen sino en el vínculo entre la percepción y la movilidad determinada por ella; la integración espacial no es posible sino en la medida en que el cuerpo físico percibe el espacio. (Gourhan, 1971, p. 276)

La estética constituye el pensamiento y no al contrario, lo sensorial activa lo simbólico en el hombre, en su relación con el medio externo; entre el espacio y el cuerpo es donde el comportamiento sensorial logra activar los planos de sensibilidad: cadenas operatorias, ritmos de funcionamiento corporal que asocian el movimiento a la forma en cuanto condición primaria de todo comportamiento activo, ritmos que integran a los sujetos en el tiempo y el espacio, según Gourhan:

En el movimiento que lo transforma el cuerpo se conoce, en la exposición al mundo, en la más intensa actividad, en los gestos, en las prácticas extremas de adaptación al medio, en la articulación de los sentidos al movimiento [...]. Específico, particular, original, todo el cuerpo inventa, mientras a la cabeza le gusta repetir. Ella tonta, él genial, todo lo inventa desde la sensación [...]. El *sapiens* de la sabiduría desciende del *sapiens* que saborea. Solo un cuerpo experimentado entre el sabor y el saber, entre el pánico y la alegría, puede ser real. (Serres, 2011, pp. 11-17)

La ciudad desde su creación encarna el problema real de los cuerpos en el espacio comunitario, social. Es la ciudad como dispositivo espacial y temporal el prototipo de la normalización-control de aquellos ritmos

y acondicionamientos corporales al cual debe insertarse la existencia de quienes intentan habitarla. Sennett en *Carne y piedra* hace un rastreo de los ideales de este prototipo de ciudad, evidenciando los ideales de poder y placer pleno sobre los que está ajustada, sin obstáculos, y en el que las civilizaciones occidentales continúan edificando los arquetipos del cuerpo sobre su suelo, “espacios para la segregación, para la obstrucción del movimiento muscular y colectivo, para la limitación de los ritmos viscerales y el distanciamiento de los problemas concretos y específicos de la especie humana” (1997, p. 39).

En esta negación del sentido común y étnico la comunidad pierde espacio de posibilidad para compartir un destino realmente común, por tanto, pierde también la posibilidad política de las alianzas y los pactos que equilibran las relaciones entre los hombres y los demás seres de la tierra, “privilegiando al individuo, al sujeto racional, a la subjetividad autoconsciente, donde el cuerpo ha quedado a la zaga del pensamiento” (p. 415). El autor cuenta cómo la ciudad moderna, producto del saber ilustrado, es configurada en cuanto que cuerpo científico bajo una mirada instrumental y operativa: vías, arterias, puentes, accesos, percepciones geométricas y lineales del espacio que refuerzan la continuidad de la ciudad, su perdurabilidad y el carácter inmutable de su esencia a la abstracción del tiempo pasado y en la seguridad del presente. *Tecnologías de la circulación*, de la salud pública y del confort privado, así como de los movimientos del mercado que se oponen con su lógica a los movimientos colectivos, para “privilegiar las pretensiones de los individuos, aquellos que se sienten cada vez más ajenos a los destinos de los demás” (p. 393).

La ciudad como dispositivo y soporte de lo social encarna un cuerpo disgregado por sus funciones y operaciones; ciudad-empresa, *máquina de habitar* impulsada por el trabajo de quienes la sostienen. Motor de relaciones desiguales, divisiones espaciales calculadas para el crecimiento y reproducción de quienes invierten en ella, mientras la gran mayoría la hacen posible en materia y energía derrochada, “comunidad operativa” para Nancy (2001, p. 19) bajo la lógica de una *estética de la política* (Rancière, 2005, p. 19), aquella que *divide lo sensible* en espacios y tiempos determinados para cada quien, según sus posiciones, jerarquías e intereses particulares. Así, la inhóspita ciudad, alejándose cada vez más de la comunidad que promete albergar, no crea un *sentido común*, sino que, por el contrario, se especializa en su individualidad solipsista, calculada, consensual y estática, sin formación, lejos de cualquier proyecto de humanidad.

El movimiento, el ritmo, la locomoción, las metamorfosis del cuerpo, acompañan el equilibrio de la vida sensible, concreta y real del hombre en todos sus tránsitos históricos, determinándolo, diferenciándolo como especie, haciéndolo *paso a paso* en su transcurso, destino, trasegar de retrocesos y aciertos que lo van formando: aprendizaje, saber, ciencia y arte de la historia práctica, *hacer camino al andar... Saber que se va haciendo en su proceso, conocimiento que va tomando su forma.*

### Espacio público habitado

La *polis* fue la ciudad soñada para los griegos. Ciudad organizada y ordenada bajo el poder de lo único, un espacio político de leyes y normas, origen del espacio cívico que implanta la concepción occidental del *espacio público*, atribuido y distribuido por quienes hacen las leyes de la ciudad; ellos, desde entonces, trabajan por construir físicamente, visiblemente, la imagen utópica, “universal” que se tiene de la ciudad, en cuanto lugar de separaciones, jerarquías y exclusividad.

Este espacio público, políticamente administrado por sus propias leyes y restricciones, es un espacio siempre en contradicción, en pugna y desbarajuste continuo, espacio limitado para congregarse, restringido para residir, prohibido para habitar. Quienes administran la ciudad se arrojan el poder del suelo sobre el que está hecha, de quienes en ella residen, se apropian de la tierra y de lo que sobre ella se pone, sin embargo la visión de la ciudad como *espacio colectivo* escapa en toda medida a la ciudad-dominio sobre la que creen tener seguridad.

La ciudad, en cuanto espacio colectivo, es para Jairo Montoya “un reservorio orgánico, heredado de la comunidad tradicional que busca siempre formas de estructurarse socialmente” (en Delgado, 1999, p. 193), maneras de co-habitar con otros en la organización de sus necesidades, deseos y circunstancias. Comunidad de vida, pueblo, grupo, sociedad, ciudad.

La comuna San José puede dar muestra de este movimiento comunitario de búsqueda y creación de colectividad. Pueblo por excelencia, San José sigue conteniendo los *valores étnicos* de una comunidad nacida en su seno. Sus pobladores, desde 1849, no han dejado de errar; desde caminantes hasta campesinos y arrieros, pasando por colonizadores y viajeros, precursores y comerciantes, inmigrantes y desplazados, tanto de la ciudad misma como de las violencias históricas en el campo y los municipios cercanos; ha sido siempre pueblo en movimiento, tanto geográfico como social. Allí nace el espíritu cultural de una época fulgurante de convivencia, solidaridad, humanidad y formación. Esto, antes, cuando la



ciudad no era la utopía de su materialidad física, sino de sus cimientos comunes, hasta principios del siglo pasado.

Desde entonces la ciudad ideal moderna tomó el trono de su figura soñada en grandes edificaciones, verticalidad de la visión y la presencia, norma expresa en materia, espacio fingido a la limitación, a la frontera impuesta. Ley universal, política global, modelo planetario sobre la tierra, "territorialidad", plano sobre el suelo, delimitación administrativa sobre lo que corresponde a cada quien; principio de la ciencia, la medición y la distribución, la ciudad es el objeto de una ciencia arquitectónica-urbana al servicio de quienes la ordenan y no de quienes la habitan. Planes territoriales globales, políticas de reordenamiento y renovación, modernización de la ciudad, adecuación del espacio para la ciudad-aparato urbano, ciudad-empresa, ciudad-banco, ciudad-autopista, ciudad-centro comercial, ciudad-negocio.

¿Para quiénes está construida esta ciudad? Pregunta ociosa que responden a mil voces las casa derrumbadas, los espacios de vida fracturados, los habitantes errantes y sin techo de San José, hoy todavía comuna, mañana quizá placa de cemento dividida en moles y vías, almacenes y megatiendas, parques fríos e inhabitables, de esto nos habla la maqueta impuesta en cemento y herrumbre por la que transitan los fantasmales seres de la noche que se multiplican entre las ruinas y los escombros dejados por las demoliciones del inconcluso "Macroproyecto de renovación urbana" impuesto a San José desde hace cuatro años y hoy foco de múltiples cuestionamientos.

La pobreza material se incrementa, el espíritu cultural se debilita, el sentido comunitario se disgrega, el sentido vital languidece, el *barrio* se estremece, pero no deja de vivir. Entre los muchos desplazamientos ocasionados por la intervención, los destierros y las expulsiones históricas, quedan los que aún no se han ido, los que por diferentes circunstancias permanecen, esperando, buscando, imaginando, materializando, quizás, otras maneras de poder seguir viviendo en comunidad, de seguir animando el cuerpo colectivo que ha hecho barrio a pesar de las adversidades y la contrariedad administrativa de la ciudad que lo desconoce y margina, queriéndolo desaparecer, sin lograrlo.

El barrio como acontecimiento estético contiene su propia dinámica transgresora de leyes y administraciones, su propio ritmo de movimiento, fulgurante en el seno del espacio colectivo donde entre lo cívico y lo social nace lo urbano, el *tránsito*, el *pasaje* que re-hace lo público y lo común a fuerza de usos, proximidades y repeticiones, por fuera de las

políticas legisladoras y de los ideales modernizadores del mercado de la industria y la construcción. Entre ambos, del seno del espacio político-administrado, y del espacio de este cuerpo colectivamente formado, emerge lo *socialmente indeterminado*, el *barrio*, “saber hacer de la coexistencia que no puede decidirse ni evitarse al mismo tiempo: equilibrio entre proximidad y distancia” (De Certeau & Guiar, 2000, p. 12), acto cultural, por cotidiano y compartido, que permite las incorporaciones, las adaptaciones y las transformaciones que lo impulsan a seguir sobreviviendo al paso de sus relativas estabildades:

La *práctica del barrio* es la organizadora de una estructura inicial y hasta arcaica del *sujeto público-urbano*, mediante un pisoteo incansable que reúne todas las condiciones para el conocimiento de los lugares, los trayectos cotidianos, las relaciones de vecindad, las relaciones comerciales, la pertenencia a un suelo, sentimiento difuso de proximidad verificado en la intensidad de las inserciones sociales... *hacer barrio*, movimiento de ir y venir, de mezcla social y repliegue íntimo donde se adquiere una conciencia de sí en la certeza de la inmediatez social. (De Certeau *et al.*, 2000, p. 11)

Los sujetos que *hacen barrio* son los transeúntes anónimos que lo recrean como hábitat prolongado de límites flexibles, dibujándolo en trayectorias marcadas por la necesidad y el aprovechamiento, la gratuidad o la intención de los encuentros, los acontecimientos y las deambulaciones no funcionales, “para reconstruir *segmentos de sentido* capaces de sustituirse unos a otros a medida que se anda, sin orden ni limitación, en redes de contactos aleatorios definibles a través del azar de los desplazamientos” (De Certeau *et al.*, 2000, p. 12 ), porque antes que el lugar está el trayecto que lo evoca entre los traslados y los tránsitos de sujetos viajeros, deambulando sobre un mapa imaginario que irrumpe la planimetría numérica y funcional del espacio administrado e intervenido.

La topografía actual de San José es evidente desde cualquier punto de la ciudad que la conecte: destrucción, ruina, abandono, desalojo y miseria; ¿qué se esperaría encontrar allí más que malhechores, inadaptados, vagos y ladrones, toda la escoria humana y física consecuencia del crecimiento desequilibrado de las ciudades y de los planes territoriales que rigen el mercado global del suelo y el negocio inmobiliario, bajo modelos metropolitanos de centros urbanos funcionales para las finanzas, los almacenes de grandes superficies, los edificios de poder, la contratación a gran escala de la industria de la construcción urbanizante de aquella ciudad-empresa, edificada en piedra a costa de la carne real de quienes excluye?

“Vagabundos eficaces”,<sup>1</sup> a la manera del maestro Fernand Deligny (2006), es como se podría llamar al grupo de niños confluyentes en la *performance* relacional “Parque Orbitante” propuesto y realizado durante un año por esta investigación. Niños entre los 5 y los 12 años, niños cuyo destino no pareciera ser otro que la delincuencia, la indigencia y la desaparición. Sin embargo, entre los mil insultos y palabras soeces, entre la infinidad de maltratos, empujones y golpes, entre la creciente masa de indiferencia y señalamiento, son niños de *inteligencia primordial*, que han aprendido a sobrevivir en medio de las zonas de peligro que proliferan en su barrio, que conocen bien las personas que les pueden hacer daño y que aprenden a reconocer quién quiere interactuar espontáneamente con ellos.

### Diagramas, figuras de tránsitos comunes

El trabajo de campo comienza con un momento intenso de observación e intercambio. Recorrer una y otra vez las calles de San José dio la confianza para cruzar todas las barreras invisibles y materiales que van configurando los límites y las fronteras de los lugares, aquellas zonas de oscuridad y peligro que van edificando un temor y un rechazo casi siempre justificados.

A través de esta primera cartografía de recorridos se evidenció que de los 25 niños que conforman el taller, más de la mitad son vecinos, que muchos de ellos son hermanos y primos, que todos han nacido allí y que sus madres, porque casi ninguno conoce o vive con su papá, son mujeres que trabajan duro, que tienen unas vidas emocionales inestables y agitadas, que no tienen tiempo de compartir con sus hijos y que en muchos casos prefieren echarlos para la calle que soportarlos dentro de la casa. A ellos se les encarga el cuidado de sus hermanos menores, el conseguir dónde alimentarse, ya sea en casa de familiares o vecinos, el tener que defenderse de todo peligro, valiéndose solo de la valentía que imprime el temor al daño, al hambre o al abuso.

Estos sujetos son niños errantes, transeúntes activos, pasajeros anónimos de un *espacio residual* que los deporta enviándolos a caminar sin rumbo, como si no tuvieran un domicilio fijo y su casa flotara en el aire por la incertidumbre del desalojo. Niños de la calle, habitantes del espa-

1. “Un poco poetas, un poco pintores, un poco canturreadores de buena música, un poco comediantes, exhibidores de sí mismos y de marionetas, honrados con el instante, chupadores de certidumbres y escultores de preguntas, piel viva a la flor de la sociedad, indiscutiblemente inadaptados, preocupados de su vagabundeo y pacientes como pescadores de caña, he ahí los compañeros que los niños necesitan...” (Deligny, 2006).

cio público administrado que los rechaza, caminantes que exploran, conocen, van buscando, adelantándose al exilio, emigrantes de su propio lugar, estos niños sobreviven inventándose un modo de vivir allí donde no se puede vivir, haciendo habitable lo inhóspito, creando lugar entre lo habitual y lo extraño.

En el arrojado de las deambulaciones los niños organizan un movimiento-tránsito no localizable más que por las espacialidades que sugieren sus *motricidades peatonales*: “Un estilo de aprehensión táctil y de apropiación cinética que van delineando unas maneras de hacer, una enunciación peatonal que sobrepasa las determinaciones de la utilización para proponer atajos, desvíos, rodeos, discontinuidades, roces, intensidades, desplazamientos del uso, movilidades ficcionales [...]” (De Certeau, 1999, p. 110) que liberan los espacios y proponen una segunda geografía viajera, indigente, pasajera, modalidad de lo excluido y lo contingente en diagramas, figuras que son mapas y formas del barrio: espacio público, pasaje, espacio de tránsitos creado por la energía de su *habitanza*, es decir, por su repetición peatonal, por la urgencia social motriz que da origen a su existencia societaria y plural: comunidad de sentido. Política. El barrio gesta lo público-común.

La *Cartografía del barrio itinerante*, trazada en primera instancia sobre el suelo de este fragmento del San José, recrea la estética del cuerpo dibujando sus ritmos y movimientos en entornos de sobrevivencia. Lo móvil, lo itinerante, viene de lo fluido de los movimientos, de lo que hace andar al hombre en cuanto ser de locomoción y movilidad. Al recorrer cotidianamente la vecindad con los niños del Parque Urbitante, se reconocieron también sus recónditos entornos de vida. De allí surge la *cartografía móvil*, diagrama, dibujo, *memorias de las formas*, como el arte.

Los diagramas, hechos a manera de cartografías de los tránsitos de los niños, se traducen en mapas-figuras de lo que se repite y de lo que se recuerda en su circulación física, como una suerte de *enunciación corporal* que narra la historia y la cotidianidad de la experiencia urbana en constante transformación. Una topología del barrio desde los movimientos y los ritmos que le dan existencia: abstracción de un espacio con múltiples probabilidades de encuentro y desarrollo que condensa y actualiza el trabajo estético en el lugar.

Estética como cartografía del espacio público, el barrio en diseños - dibujos, figuras - ficciones de los trazos que hacen barrio, como una estrategia de diálogo que conecta la idea de *proceso* en cuanto forma de

conocimiento para una metodología estética-urbana basada en recorridos, encuentros, alianzas, pactos y aprendizajes.

Deligny relata cómo durante su trabajo, entre guerras, con niños autistas, encuentra un *modo de ser, sin intención ni proyecto*, en los trayectos que delinean un trazado primordial y que no viene guiado por ninguna intención de representación, sino por los desplazamientos, gestos, palabras y puntos de vista de los niños:

Una imagen - huella - acontecimiento que habla de formas de vida, una etología de los espacios humanos que nos remite a la memoria de especie, a la imagen animal que escapa a un conocimiento identitario de semejanzas promovido por las contractuales normas sociales. *Estar de camino* nos remite a colocar lo real, las circunstancias, por encima de todo, para poder vivir una vida, para hacer posible la vida misma como práctica emancipadora. (Deligny, 2012, p. 99)

Cada mapa-diagrama es una capa de sentido que va develando los pasos de un proceso experimental investigativo basado en el *vagabundeo*, al mismo tiempo que va dando cuenta de otro entramado de ciudad solo enunciable tras los pies que la caminan y dibujan en su traslado, intentando abrir el espacio para nuevos lugares donde se pueda transitar, habitar y crear sentido común.

La especificidad del barrio es el transitar de conexiones y vecindades, dinámica de hábitos y artilugios de sobrevivencia común que proponen una topografía distinta, aun sobre la ruina, sobre las zonas de peligro exponencial, sobre los *lotes baldíos* y la inconclusa avenida Colón. De la necesidad al hábito, de la acción a la invención, del pensamiento a la palabra se abre un espacio de posibilidad y saber, umbral de recorridos, atajo de convergencias, cuerpo de juegos y aprendizajes que abre caminos y reinventa lugar a cada paso, permeando en cotidianidad todas las jerarquías de la política, de la sociedad y del arte.

### **1. Rutas de sobrevivencia: trashumancias, fugas, vagabundeos, camuflajes. Límites**

En primera instancia, el plano actual del sector de la comuna abordado por la investigación: planimetría del San José, San Ignacio, La Avanzada, Camino del Medio y Galería, límites geográficos donde se desenvuelven los movimientos de los niños participantes. Este diagrama

corresponde a los entornos intervenidos por el “Macroproyecto de renovación”, dejando a su paso un *espacio residual*, es decir, un espacio extraño, de divisiones arbitrarias e inconclusas que cambian tanto la trama como las actividades que lo habían caracterizado; lugares sin dueño real, resultado del crecimiento desproporcionado de la ciudad.

Allí se localizan, además, las viviendas de los niños de donde parten o a donde llegan sus recorridos, lugar este de conflicto permanente, donde a los niños les toca actuar como adultos: cuidar a sus hermanos más pequeños, resguardar la casa en la ausencia permanente de los mayores, trabajar en oficios complicados y riesgosos, convivir con personas desconocidas, muchas de ellas agresivas, como padrastros o residentes pasajeros. La calle, tanto como la casa, es un territorio hostil, con la diferencia de que en la calle existe múltiples opciones para quedarse o escapar.

En estas circunstancias, a muchos les toca gestionar su alimento con vecinos, pedir a conocidos entre tiendas y cafeterías o buscar la comida en La Galería entre negociantes, familiares, conocidos y transeúntes desprevenidos. Buscar el alimento equivale, para ellos, a salir tras el destino diario y en su ruta encontrar otras opciones como el robo, el sabotaje, la complicidad, los afectos o la agresión.

Las zonas de peligro pululan y se incrementan a medida que se van intensificando los lugares de desalojo y destrucción; donde antes había casas, panaderías, tiendas, escuelas, bibliotecas y canchas hoy solo quedan escombros y escondites ideales para los indigentes y ladrones que allí habitan. Los niños conocen estos lugares porque los recorren y enfrentan con su arma más eficaz, sus pies, para salir corriendo. La fuga es una forma de defensa, al igual que la agresividad verbal o la amenaza. Los niños mantienen relaciones de relativa confianza con estos seres que deambulan y que representan un verdadero peligro para los incautos forasteros. Estas zonas límite son distinguibles y sorteables para ellos, en medio de una vecindad disgregada y delimitada por los contornos del área en “renovación” y por la presencia imponente de una avenida inconclusa que acentuó la marginalidad y la división vecinal del barrio.

Esta rutina obligatoria implica un aprendizaje agreste y rudimentario entre un destino precario de abandono y delincuencia; sin embargo, estos *vagabundos eficaces* han aprendido a proveerse de ingenio para abastecerse de lo necesario y sobrevivir sin dejar las búsquedas personales y colectivas de otras rutas que les proporcionen otro tipo de alternativas y, así, no dar cabida a la inercia o la desaparición.

## 2. Tránsitos y rutinas cotidianas: entornos de vida, hábitos y habitancias

Habitar un lugar es crear hábitos. Las capas o pieles del barrio anuncian un cuerpo colectivo hecho de hábitos y ritmos. El barrio es un medio a través del cual los cuerpos que lo conforman se expresan como comunidad de vida, imprimiendo formas de relación sobre el espacio habitado. *Habitancia*: habitar los hábitos. Vivir es residir, el cuerpo es el primer refugio del ser viviente, su hábitat primordial, luego, el animal humano hace su casa, membrana de contactos y separaciones, espacio topológico de contacto entre un adentro y un afuera indeterminado por la vecindad.

El hábito constituye una segunda piel para quien habita, residencia táctil hecha de contactos, roces y afecciones. Sentir y ser sentido es el umbral del cuerpo, y de este contagio nace una huella, un vestigio, una inscripción que sirve de memoria de lo acontecido entre dos o más. Sentir al otro.

Estos tránsitos, que son también entrecruzamientos, hablan de aquello que va formando humanidad compartida en rutinas, costumbres, que hacen barrio y crean hábitat incorporando prácticas y adaptaciones sensibles con el mundo. La tradición, las costumbres, las creencias, son referentes que conforman hábitos heredados y adaptados por cada comunidad.

Así, los espacios de encuentro común, esquinas, tiendas, callejones, andenes, parques, canchas, iglesias y escuelas, son *lugares intersticiales*:

El barrio se inscribe en la historia del sujeto como la marca indeleble en la medida en que es la configuración inicial, el arquetipo de todo proceso de apropiación del espacio como lugar de la vida cotidiana pública, entre la casa y la ciudad. (De Certeau *et al.*, 2000, p. 10)



Algunos gestos van marcando esta espacialidad en el barrio: el juego como principal actividad de los niños y tejido de amistad, relación política de equilibrios y alianzas, donde entre “policías y ladrones” se van conformando los criterios de ley e ilegalidad. Escalar, jugar al balón, al corre-corre, la lleva, el escondite, las carreras, donde los giros y saltos de los cuerpos refuerzan una topografía intrincada, llena de recovecos y escapaderos. Ensayo de una movilidad provisional nada ingenua que va sugiriendo, desde ya, las lógicas de una vida activa, llena de referentes por imitar o subvertir.

Ir a la escuela, a la iglesia, celebrar las fechas especiales, festejar y compartir con la familia, donde la madre sigue siendo el ser principal de afectos, acompañada de hermanos y amigos. Primera constelación de un “nosotros” apenas advertido por los niños, andariegos solitarios en búsqueda de compañías provisionales que se ajusten a los intereses del momento o propongan otras rutas de entretenimiento.

Gadamer (2003) ve en el juego la capacidad de situar al sujeto a través del encuentro con un mundo en el que habita, mora, el cual lo transforma mientras este lo transforma a él. Jugar es ser libre bajo reglas propias siempre susceptibles de ser rotas o transformadas por otras más flexibles y fugaces. Permanecer es el reto. “A la libertad del juego se opone la servidumbre del trabajo, que no tiene otro fin que ella misma, que no se propone adquirir ningún poder efectivo sobre las cosas y sobre las personas” (Rancière, 2005, p. 24).

### **3. Deambulaciones de pasaje: improvisaciones del andar, desvíos, giros, pisoteos, rodeos, creación de espacios**

Esta emergencia por el juego y la asociación convierte los espacios residuales en lugares de acción, de lo extraño a lo familiar, donde, entre ruinas, surge la fabulación de un escenario cuyos usos se alejan de los determinados por las construcciones o la inhospitalidad de los “lotes baldíos”, de donde pueden emerger una nueva cancha o un parque, donde una riesgosa avenida de alta velocidad puede ser un tobogán, una pista sobre ruedas o sobre pies para poner a prueba el vértigo, el riesgo y la destreza ociosa de salvarse de morir atropellado.

Son lugares donde los niños se sienten bien y acogidos, protegidos por figuras de cuidado que puede ser producto de su misma inventiva o simplemente estar encarnadas en personas cuyo trato y disposición les despierta afecto y confianza. Este es el caso de la *performance* relacional





Estaciones de aprendizaje.

iniciada hace un año, en que cada sábado se jugó a construir juntos el Parque Orbitante, un espacio específico, inédito, primer atisbo de un “nosotros” intencionalmente dispuesto.

Tales dinámicas parten del trabajo estético y comunicativo sobre este contexto, determinado, acondicionado y re-creado por multiplicidad de participantes que han fluctuado hasta crear un espacio efímero reconfigurador de espacios residuales, el *Parque Orbitante*, un dibujo sobre la tierra, un “no-lugar” diría Marc Auge (2013), hecho de cruces, de usos y prácticas, de acciones y hábitos, sin señalética, sin dirección numérica, sin muros ni puertas, sin requisas ni acreditaciones para quien llega, sin identidades o rótulos para quien se va.

Tanto para el arte como para la comunicación, la creación de ambientes es un problema primordial. La estética relacional permite abrir el espectro frente a este interrogante, disponiendo las herramientas necesarias para hacer de los espacios deshabitados verdaderos lugares de vida, donde los intercambios de todo tipo sustituyen la formalidad de los acuerdos tácitos y obligatorios. El Parque Orbitante propone una capa efímera sobre otras capas históricas donde reposan los recuerdos de un siglo catapultado bajo sus propios vestigios. Esquina amplia, contigua a la avenida Colón, lugar de tránsitos y azarosos movimientos.

El mapa aquí propone otros atajos y desvíos matizados por los accesos a este parque que nace a partir de la Huerta Comunitaria, lugar en el que se despliega el trabajo de campo cultural y estético en el San José.

Del fraseo de los recorridos cotidianos surge un desvío impredecible animado por un símbolo importante en el barrio: la *olla*. La fogata congrega y llama la atención de los caminantes, activando dos elementos marcados de sobrevivencia, la comida y la vecindad. La huerta se hace familiar al abrir sus puertas hacia este espacio de encuentro y al mismo tiempo, al conectar directamente la tierra con la siembra y el alimento. Cultura: cultivar, labor de trabajar la tierra.

Ahora, cuando las cocinas callejeras disminuyen tras el paso de la desolación, en un momento en el que las fogatas ya no se encienden, intuitivamente, en el parque se prendía una. A ella acudieron mujeres, madres y abuelas, acompañadas de sus niños, estos, hábiles andariegos de la calle, sobrevivientes de la destrucción.

Mediante el fuego y la preparación del almuerzo se va generando un ritornelo de pisoteos rituales que hacen canto silencioso en torno al espacio de iniciación, como un trance, el pasaje al parque es tránsito hacia otra espacialidad hecha de pasajeros, “metamorfosis que labra un lugar soñado, islote separado que trata y modifica el espacio a través de acciones estilísticas, signos de lo que debería ser la ciudad tras los cruzamientos, los éxodos, las ausencias y las marcas de las deambulaciones” (Delgado, 1999, p. 205). Espacio efímero que surge con el uso y la creación de hábitos de preparación: limpiar, seleccionar, distribuir, disponer, ambientar, compartir. Surge así un espacio colectivo, que es, al mismo tiempo, espacio público - urbano, ficción:

Patria imaginaria que transforma los cuerpos al escoger el gesto más flexible luchando contra la rigidez, juego de las simulaciones, insistencia de la potencia que escapa a las identidades, actuando como reserva sensible que promete una materia informe, un cuerpo mezclado. (Serres, 2011, p. 11)

Composición, organización, coexistencia entre el caos, el azar, el tiempo presente, el placer y el dolor, lo extraño y extranjero.

*Heterotopía* por excelencia, lugar de ficción, el Parque Orbitante dispone, alojando, lo real mediante el juego de lo irreal “sin oponer práctica y utopía, sino, dándole todo el carácter de irrealidad, toda la relevancia en cuanto forma de reconfigurar el territorio de lo visible, lo pensable y lo posible” (Rancière, 2005, p. 77), en la conformación de formas de vida con-junta que se anticipan al ideal, preparando desde ahora el espacio de las ficciones que hacen barrio y comunidad, prefigurando formas de vida en la práctica real. Anticipando un “buen vivir” intuido apenas, por los instantes de la convivencia barrial sedimentada.

Formas de la escucha, del hablar, de la conversación, del grito y el susurro que son rodeos tímidos, acercamientos provisionales, expectativa frente a un *qué - hacer* nuevo, diferente, distinto, que coloca a los sujetos y sus cuerpos en situación sensible de cambio y transformación.

Surge un espacio de celebración, ícono de festividad dispuesto para irrumpir en medio de la avenida, suplantación disidente, que dialoga, sin contrariarse, con la institucionalidad que administra los centímetros de cemento impuestos sobre la tierra labrada y sembrada desde tiempos atrás.

#### **4. Estaciones de confluencia: cruces, encuentros, ritmos, relaciones, formación, diálogos, celebración, movimientos divergentes**

Para la sabiduría aimara el “vivir bien” está basado en la vivencia de los pueblos ancestrales, un vivir bien que significa vivir en comunidad, en hermandad, y especialmente en complementariedad, es decir, compartir y no competir, vivir en armonía entre las personas y como parte de la naturaleza. De esta premisa cultural práctica surgen los *espirales de aprendizaje*, en cuanto hábitos que van conformando habitancia dentro del parque-barrio, como si en él se condensaran todos los valores que hacen posible la existencia de una comunidad, labor educativa por excelencia:

En ese sentido, el buen vivir, propuesta surgida de manera reciente en América Latina por la resistencia al despojo y la irracionalidad del capitalismo, se despliega como una alternativa que puede contribuir a restablecer un lazo relacional entre las personas y con la naturaleza, basado en la solidaridad y la reciprocidad. (Marañón, 2014, p. 10)

La educación como práctica estética, como hábito espacial de relaciones, propone este reto frente a la disposición de ambientes de diálogo en doble vía, un trabajo comunicativo que va más allá de la pedagogía y la instrucción, del modelamiento o la disciplina, del premio o el castigo, del incapaz o el inteligente. Esta *antipedagogía* para Deligny (2006, va tras las huellas de humanidad que los niños contienen, buscando un medio, un umbral de salida y alternativa contra el destino social que los determina por su condición, convirtiéndolos en inadaptados.

La antipedagogía es el despertar de la convivencia, convivir “implica saber estar al lado de los otros, partiendo de una *presencia ligera*, cuyo método principal es el respeto de la subjetividad del otro, dejar que entre en juego lo imprevisto, que pueda suceder lo que sea... dejar fluir” (De-

ligny, 2012 p. 114) y con ello, afianzar el trabajo educativo en confluencia con la vida del barrio como una praxis libertaria. Política estética que asume el riesgo de la experimentación y el fracaso por fuera de la presencia autoritaria.

¿Quién enseña a quién cuando no hay una *gran presencia* de autoridad?, ¿quién enseña a quién cuando se rehúye a toda estandarización e imposición?... En el vagabundeo está la eficacia de la voluntad, el esfuerzo y la disposición, ser libres para elegir irse o permanecer resulta ser una gran ventaja, en la medida en que educar es “crear ese espacio donde el otro pueda crecer, equivocarse, soñar, rehusar, escoger, sin sometimientos, permitiendo al otro la posibilidad de ser, existir y hacerlo por él mismo” (Deligny, 2012, p. 107); vivir con, crear comunidad humana, estar ahí, al lado de, vivir con y como los otros, allí se teje relación y vínculo, espacio existencial de experiencia colectiva.

Dentro de este pequeño barrio ficcional dibujado como parque se recrean cuatro estaciones de trabajo, surgidas y nombradas según las inquietudes y propuestas de los niños. Se dibujan así los espirales de aprendizaje en cuanto *comunidades de sentido* donde se construye el sujeto societario.

*Espiral de la Tierra*: la semilla, la siembra y la cosecha. Cultura: cultivar, preparar la tierra. La huerta, el trabajo con la tierra, volver al mundo sintiendo que el conocimiento nace con el cuerpo, con el esfuerzo que lo prepara, a él también, para germinar. Mientras se organiza el suelo, sea para dibujar los espirales y senderos en el parque o para disponer los espacios de siembra, la convivencia es tranquila, curiosa y vigorosa. Los niños cantan: *Oiga, mi parche; oiga, mi pana; oiga, mi socio, dispárate con un banano que yo no te estoy haciendo daño...*





*Espiral del Fuego:* el alimento, su cocción, la hoguera, el hogar, la cocina. Saber del sabor que nace de las más vitales necesidades y movimientos, tan ciertos que han determinado toda humana transformación. Percepción despierta a la sensación de conocer entre diferentes y variables aromas y sabores, conexión perceptiva y afectiva de lo viviente en su fusión y energía. *Chagra* y alimento: creación de sí. Carne de la carne.

Arte sagrado de preparar el alimento y hacer alquimia entre tierra y fuego mediante el fruto, que es manifestación potente de vida. Vida que hace vida, comunidad que se hace a sí misma disponiendo lo vital para su sostenimiento. En la comida, en la olla, nace un primer gesto de vecindad y solidaridad necesario, consecuente y potente: dar lugar para hacerlo colectivamente evidente, acentuar la atención y la disposición en ello. Así, elevar el ritual, la celebración, entre el hambre, el trabajo y la satisfacción que alimentan. Dicha que crece con el esfuerzo. Los niños escriben: “Este es un lugar que da frutos... en el círculo de fuego hay 28 piedras para que nos sentemos a compartirlos y conversar”.

*Espiral del Agua:* “Profesora: ¡El barrio está hecho de barro!”. Descubrimientos que se van realizando a partir de la exploración. Cercanía con el material tierra y tratamiento de la materia moldeable con ayuda del agua. Distribuir el barro equitativamente, concentrarse en hacer piezas pequeñas o grandes, no tirarlo a los demás, pensar en moldear formas conocidas y nuevas. Hacer el cuerpo un gesto en el que se descubren los rostros y las expresiones. Emocionalidad y furor puestos a prueba para calmar los ánimos y lograr hacer un cubo hecho de muchos cubos, una bola hecha

de muchas bolas, un cuerpo hecho de muchos cuerpos. Relación entre el hacer y los otros, cómo juntos van construyendo algo en compañía; momento vulnerable, a punto de romperse por la menor agresión. El trabajo restablece la relación práctica manual con la tierra y al mismo tiempo sugiere un cuidado transmisible en las maneras como se tratan unos a otros.

Se afianzan los vínculos en las colaboraciones múltiples con que los niños logran cierta autonomía y acompañamiento a sus pares. Surge la amistad de manera evidente y la comunicación fluye en conversaciones espontáneas y preguntas sueltas en las que se manifiesta alegría, gusto, curiosidad y ganas de continuar. Se dibujan así las primeras alianzas en las cuales desde la escritura en el “librobarrio” algunos niños se comprometen a contar sus vivencias y deseos, mientras con la tierra o el barro,



Barrio de barro.



La televisión de cartón.



los niños perfilan la creación del barrio: casa que está aprendiendo a ser arquitectura, niños que están aprendiendo a relacionarse como niños.

Con el taller de barro se inauguran las estaciones simultáneas de trabajo: música, títeres, pintura, ya que moverse y saltar de un lado a otro es lo que marca el ritmo, así que, cuantas más opciones, más posibilidades de evitar una escapada rápida o una huida definitiva.

*Espiral del Aire: los niños cantan: Soy un niño salvaje, inocente, libre y silvestre...*

El movimiento fugaz, inadvertido; giros de rumbo o de actividad, huidas imprevistas, puntos de fuga, bucles de creación. Estar al aire libre significa estar suelto sobre un espacio abierto que ofrece cantidad de escabullidas. Este es el ritmo usual del grupo, ir y venir, quedarse y escapar, volver o irse definitivamente, pues los motivos no faltan. La actitud es de exploración continua, permanecer depende mucho de qué tanto se logran enganchar los intereses con la actividad propuesta, pero también, muchas veces, de factores externos como sus padres o cualquier otro tipo de compromiso.

Perseguir a los caballos que pasan por la avenida se iguala al brinco en la cuerda. Trabajo de equipo que requiere agilidad y destreza, en la primera para cercar el rumbo de los caballos y dar tiempo a que uno o dos logren montarlos hasta cierto lugar. En la cuerda se requiere acompasamiento y buen ritmo colectivo para que los que saltan estén en sintonía con quienes mueven la cuerda, y viceversa, a fin de así lograr un movimiento armónico y organizado que permita mantener el juego, la carrera o los saltos.



"Librobarrio".

## 5. Errancias discontinuas: desplazamientos, movi- lidades urbanas

Muchos siguieron su camino entre un barrio aún por descubrir. La práctica de un deporte, el tener que trabajar, rendir cuentas a la escuela, los castigos de los padres, el tenerse que ir para otro lugar ya sea barrio, municipio o ciudad. Los ritmos siguen y la *performance* relacional, cumplido un año de su realización, termina, festejando la fiesta de las frutas y dejando abierto y latente el lugar del parque, aún huella de olla, círculos, senderos y espirales.

Queda la huerta constituida como “Fundación Comunitativa” y el desplazamiento se vuelve movilidad en la medida en que organiza todo este circuito colectivo en la actividad principal de la tierra y el alimento, desde la cual parte y cierra el ciclo el trabajo estético colaborativo en el San José, iniciando una nueva espiral a la que continúan asistiendo algunos de los niños participantes.

### Barrio itinerante

*Solo nuestra carne divina nos distingue de las máquinas,  
la inteligencia humana se distingue de la artificial por el cuerpo,  
solamente por el cuerpo.*

(Serres, 2011, p. 25)

Mientras la ciudad se convierte aceleradamente en una *máquina de habitar*, quienes en realidad sobreviven a sus destrucciones son los que dan cuenta de otro tipo de dinámicas que hacen surgir lo público auténtico a fuerza de encuentros, disposiciones, intercambios y nuevas maneras de organización colectiva, en este caso, de nuevos trazados que reconfiguran la geométrica planimetría impuesta a la tierra, convirtiéndose así, para la investigación, en nuevos mapas de sobrevivencia donde el espacio público cobra la dimensión de lo urbano en *hábitat*, *barrio en movimiento*, *ficción* y *heterotopía*, a través de la cartografía del espacio público habitado, más allá o más acá de la *ciudad real* impuesta por la grandilocuencia publicitaria y la innegable verosimilitud que la justifican y afianzan a continuar con su devastadora edificación.

Los soportes de lo colectivo y la re-creación de un espacio efímero, Parque Orbitante, son dos formas de lo común confluyente en situaciones de ruina, desplazamiento, desarraigo y alto riesgo social, donde lo “público-municipal” se limita a su administración privada en distribuciones que



privilegian la venta y el alquiler del suelo a empresas renovadoras interesadas en el negocio inmobiliario, la construcción de vías y el crecimiento de la ciudad-empresa, en detrimento de quienes dice albergar.

Entre lo público y lo privado está lo urbano desbordándolos, abriendo sitio, haciendo lugar, ficcionando, en el aprendizaje y el juego, lo íntimo y lo común, para hacerlo transfigurar en mundo, en tierra, en “pacto natural”<sup>2</sup> (Serres, 2004). La idea, la categoría o mejor, la metáfora de *tránsito*, de *pasaje*, de *umbral*, cobra vida aquí en el Parque, donde, ni por encima ni por debajo de los designios administrativos o institucionales los espacios se gestan a fuerza de usarlos, de re-crearlos, en la práctica tan elemental que impulsan, ya sea por necesidad, ocio o riesgo, a tenerlos que inventar. Es un asunto de sobrevivencia, y solo quien los recorre, quienes los habitan y reconfiguran día a día con sus pasos y *estaciones*, con sus *errancias*, *escapaderos* y *deslizamientos*, con sus *espirales* y *senderos*, con sus *vuelos* y *saltos*, son quienes lo enuncian vivificándolo, creándolo, en palabras, saberes y gestos.

Cuerpo que se hace dibujo y parque. De nuevo mundo, tierra, choza, hábitat, hogar, vivienda, refugio, techo, caparazón, concha, caracol, pluma, pelaje, piel, membrana, cuerpo, barrio. Hábitat hecho de todas estas pieles, casi siempre catapultadas por la rígida placa de cemento que todo lo quiere cubrir como una lógica de preponderancia que no soporta mezcla. Sin embargo, *el barrio* se sobrepone a la catástrofe metropolitana de la ciudad en cuanto resquicio urbano de convivencia primordial que aflora como piel inevitable por encima de las demoliciones, de los rellenos, de las tumbas y de las avenidas, abriendo espacio para hacerlo verdaderamente público y simbólico bajo su propio contexto y entorno de vida.

Moverse, trasladarse, desplazarse, se convierte en el impulso primordial para hacer espacio, para hacer barrio y poder vivir en cercanía y solidaridad. Caminar, transitar, correr, atravesar, saltar, escalar, en fin, moverse, es el valor vital de sobrevivencia de un barrio que sin más aparece y se re-crea al ritmo de sus propias dinámicas, imaginaciones y deseos, dibujando sus contornos en superficies líquidas, sobre terrenos movezcos y fronteras inexistentes. El barrio se amplía y es portátil porque puede estar contenido en un gesto, en un intercambio, trazo, palabra o silencio; en él vibra lo urbano, late su posibilidad.

- 
2. Necesidad de firmar un contrato social primitivo, un pacto con el mundo, el contrato natural, un nuevo contrato, pacto o acuerdo previo, explícito y no ya tácito como el contrato social obligatorio, con el enemigo objetivo del mundo humano: la guerra de todos contra todos.

Dice José Luis Pardo (1992) que la pregunta por el espacio es una pregunta por el cuerpo; sí, claro, pero además, es una pregunta por el mundo, porque no hay mayor espacio para el hombre que este su planeta.

## Conclusiones

### Habitar la tierra

Desaprender a estar juntos, entretejiendo los lazos de las colaboraciones, sin la carga de obligaciones que ha implicado para esta sociedad el modelo de comunidad imperante, estructurado sobre exclusiones y jerarquías, sobre el trabajo enajenado y los contratos sociales de vigilancia y violencia tácita, ha sido una ardua labor, quizá la más difícil de ellas hasta hoy.

¿Qué impulsa al hombre a vivir, a buscar, a relacionarse con otros? ¿Dónde están los valores más elementales que lo hacen, además de animal humano, una especie étnica, altamente dotada de estilos, de ritmos, de contrastes, de tendencias, de sentidos y afectos que atraviesan sus necesidades más básicas para conceder tradición, ritual, arte, ciencia, conocimiento, socialidad, en últimas, cultura? ¿Quién se la enseña?, ¿cómo se replica?, ¿cómo se transforma?

Los contratos sociales, jurídicos y contractuales intensifican la guerra en su legalidad paradójica, como única solución contra la barbarie de los hombres contra los hombres, acuerdo tácito que justifica su vanidad, dominio y posesión sobre los hombres mismos, sobre los demás seres, las cosas y sobre el mundo: derecho de propiedad, ciencia occidental, guerra, competencia, operaciones militares, explotación, mercancías, dinero, información, todo aglomerado en las grandes ciudades, en su ideal metropolitano que, anuncia Serres, convierte fuentes, pozos, ríos y lagos, desiertos y selvas, en placas y moles de cemento, peso, densidad que pesa sobre el planeta, aplastándolo en industrias, laboratorios, armas químicas...

Devenido animal en común, el individuo pensante, múltiplemente asociado, se transforma en piedra... En cualquier caso yo era, yo sigo siendo evidentemente un actor local de las ciencias duras y suaves [...] en lo sucesivo, yo soy un agente global improbable de las ciencias físicas, pero en conjunto somos eficaces y violentos en todas las ciencias naturales, universalmente. La fragilidad acaba de cambiar de campo. (Serres, 2004, pp. 38-39)

Esta situación primitiva de combate, antes solo entre hombres, ahora sobre el planeta, plantea una nueva relación política, no ya un contrato social, sino, un nuevo *pacto* entre el hombre y la naturaleza que ha dejado inerte tras sus sueños publicitarios de sociedad y ciudad, donde el mundo ha desaparecido porque se cree tener dominio sobre él, a partir de una única naturaleza humana: la razón.

Pero la tierra, el mundo, el planeta es el hábitat mayor y el hombre tan solo un huésped que se ha tomado el derecho devastador de poseerla; así, el huésped deviene parásito y, por tanto, exterminador de la vida. Dirá el autor:

El parásito se apropia de todo y no da nada, el anfitrión da todo y no toma nada... El simbiote admite el derecho del anfitrión en su relación de reciprocidad: el hombre debe devolver a la naturaleza tanto como recibe de ella, convertida ahora en sujeto de derecho. (Serres, 2004, p. 69)

La lucha contra la codicia, prepotencia y afán de dominio comienza con el trabajo colectivo en la tierra entre la huerta y el parque, hacia el mundo, restableciendo las relaciones con el lugar, la vecindad y la proximidad, luchando contra esas extrañezas que se inflan cuando lejos los unos de los otros solo queda la hostilidad, la violencia pura y desencadenada que anticipa la extinción.

Tierra, matriz, tejido que conecta vida y hábitat:

*Lugar* es matriz: receptáculo o espacio topológico que evoca el secreto de la vida. *Nodriza*, de naturaleza femenina, materna y matricial, la materia en sí —del mito a la ciencia— apela a la figura materna como la más arcaica topología de lugar. (Serres, 2011, p. 15)

Tierra – hogar que envuelve al cuerpo en su periferia existencial, sobre ella. El hombre erguido, *animal erecto*, encuentra en su cuerpo y específicamente sobre sus pies el equilibrio y el movimiento que lo unifican, ofreciéndole un nuevo refugio móvil, hábitat dinámico y rítmico que lo lleva en la búsqueda de abrigo, calor y alimento, mientras respira, camina, corre, salta, poniendo a prueba su fuerza, su paciencia y poder de invención.

“El camino se abre del cuerpo a la vida, de esta hacia el espíritu, y por último a la verdad de las ciencias” (Serres, 2011, p. 124), un conocer desde el cuerpo y los sentidos, ya que todo aprendizaje nace de la imitación de gestos, afectos y percepciones donde los hombres se encuentran frente a frente, cara a cara, de donde nacen el lenguaje y la creación de las mezclas, de la experiencia corporal que, en su movimiento, descubre, repi-

tiendo. Asimismo, la violencia incesante sobre la que el trabajo del saber humano tiene que persistir con su ejemplo y creatividad.

Conocer es exponerse, aclara Serres: “El entorno esculpe el rostro. ¿Cómo aprendemos las emociones y los estados mentales, si no reconociéndonos en el otro? ¿Cómo reconocerlos sin experimentarlos? ¿Cómo experimentarlos sin mimarlos? ¿Cómo aprenderlos sin imitarlos, cómo imitarlos sin aprenderlos? [...]” (2011, p. 78).

Retroalimentación, intercambio, reciprocidad, respeto, escucha; corazón de un nuevo hombre, de una humanidad política; coraje, valor, impulso y vitalidad, potencia de movilidad y de cambio, venidos del cuerpo, es decir, del corazón.

La formación de la que deviene el trabajo reflexivo y práctico de las ciencias del espíritu habla de este corazón, traducido por Oetinger (Gadamer, 2003, p. 57) como *sensus communis*, sentido común o comunidad de sentido, concentrándolo todo en el concepto de *vita*, vida, “frente a la violenta disección de la naturaleza con experimentos y cálculos, entiende el desarrollo natural de lo simple a lo compuesto como crecimiento de la creación y del espíritu humano” (p. 59), al modo de vivencia sensible, vivencia estética donde reposa algo verdadero y no particular, sino la aventura que vuelve sensible la vida en su conjunto, dice Gadamer, en su extensión y en su fuerza.

Vida en expansión, arte y estética de la vivencia sin límites ni jerarquías, sin distinciones, ni categorías, sin sublimaciones o desprecios, un arte capaz de juntarlo y disponerlo todo en nuevas tramas y experiencias, en nuevos espacios y tiempos compartidos donde las capacidades de todos tengan la potencia de generar propuestas de mundo no alejadas de la realidad, pero sí subvirtiendo los órdenes y las normalizaciones que limitan, restringen y paralizan.

Prefigurar otras maneras de lo común dibujando nuevos espacios con cuerpos que son carne y mundo, barrio y ciudad, conjunto y colectividad, sentido y corazón, saber, ciencia de lo humano con lo humano y su casa, su habitáculo generoso, el mundo:

Tarea estética-política del arte: develar, descubrir nuevos lugares hasta ahora no imaginados, aumentar el número de estos lugares en los que cabe todo el mundo, donde se pueda vivir una historia desprendida de localidad porque el espacio global es un espacio cualquiera, ilocalizable, de todos y de nadie. (Pardo, 1998, p. 19)

Habitar la tierra, volver al habitáculo tierra a través del barrio, pasar al otro, ser otro, ser mundo en la vivencia que práctica lugar, germinando un espacio auténtico, común y público bajo una política de las reciprocidades y la amistad.



### Reconocimientos

Artículo resultado de la investigación “Manizales en movimiento: habitancias estéticas en el barrio San José”, auspiciada por el Departamento de Investigaciones de la Universidad de Manizales, Manizales, Colombia. Sus resultados se encuentran en etapa de difusión.



### María Andrea Gómez-Gómez

Comunicadora social y periodista, Universidad de Manizales, Manizales, Colombia; maestrante en Estética y Creación, Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira, Colombia; docente e investigadora.

### Referencias

- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Certeau, M. y Guiar Luce, M. P. (2000). *La invención de lo cotidiano 2*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Deligny, F. (2006). Los vagabundos eficaces. *Hojalatería*. Recuperado de <http://ojalateria.blogspot.com/2006/04/losvagabundoseficaces.html>
- Deligny, F. (2008). Permitir, trazar. Recuperado de [http://masdearte.com/index.php?option=com\\_content&view=article&id=9841:fernando-deligny-permitir-trazar-ver&catid=57:convocatorias-m&itemid=6](http://masdearte.com/index.php?option=com_content&view=article&id=9841:fernando-deligny-permitir-trazar-ver&catid=57:convocatorias-m&itemid=6)
- Deligny, F. (2012). *Pedagogía y nomadismo en la educación de las “otras infancias”*. Monografía de grado, Universidad Oberta de Catalunya. Recuperado de <http://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000190/00000098.pdf>
- Gadamer, H. G. (2003). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Gourhan, A. L. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Grosso, A. (2011). Tres versiones contemporáneas de la comunidad: hacia una teoría posfuncionalista de la política. *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 42.

MARÍA ANDREA GÓMEZ-GÓMEZ

- Los no-lugares de Marc Auge (2013). *El Cultural.es*. Recuperado de [http://www.elcultural.es/version\\_papel/ARTE/27111/Los\\_no\\_lugares\\_de\\_Marc\\_Auge](http://www.elcultural.es/version_papel/ARTE/27111/Los_no_lugares_de_Marc_Auge)
- Marañón, B. (2014). *Buen vivir y descolonialidad. Crítica al desarrollo y la racionalidad instrumental*. México: Biblioteca Nacional.
- Nancy, J.-L. (2001). *La comunidad desobrada*. Madrid: Arena.
- Pardo, J. L. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-textos.
- Pardo, J. L. (1998). Informes sobre el estado del lugar. *A cualquier cosa llaman arte. Ensayo sobre la falta de lugares*. Casa de Asturias, Oviedo: Ignacio Castro.
- Planella, J. (2013). *La antipedagogía de Deligny. Narrativas, trayectos y metáforas de la educación social*. Recuperado de [http://www.academia.edu/2429955/Narrativas\\_trayectos\\_y\\_metaforas\\_de\\_la\\_educacion\\_social](http://www.academia.edu/2429955/Narrativas_trayectos_y_metaforas_de_la_educacion_social)
- Rancièrè, J. (2005) *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: Universidad Autónoma.
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra*. Madrid: Alianza.
- Serres, M. (2004). *El contrato natural*. Valencia: Pre-textos.
- Serres, M. (2011). *Variaciones sobre el cuerpo*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica.